

#12

**POR QUÉ LEER LOS CLÁSICOS**



12a.

## Qué son los clásicos y por qué leerlos

Fijar de una manera clara y definitiva el concepto de clásico es difícil. Lo es en todos los órdenes de la vida en los que el término se aplica. Si recurrimos a su etimología, la palabra «clásico» proviene del latín *classicus*, que según la creencia más extendida designaba al ciudadano romano acaudalado que podía permitirse integrar el estamento dominante. Y, en efecto, ese significado acabó por adquirirlo también en latín, pero el historiador Robin Lane Fox nos mostró hace tiempo que la palabra tiene su origen, en realidad, en la milicia romana, donde *classicus* era, para más señas, el soldado de primera categoría, esto es, el soldado de infantería pesada. Sea como fuere, el concepto de clásico nos remite a lo que, dentro de una misma calidad de cosas, destaca o resulta superior. Si lo aplicamos a las obras literarias estamos hablando, pues, de aquellas que, por un motivo u otro, han destacado y permanecido más allá de la recepción inmediata que tuvieron en el momen-

to de su aparición. Así, decimos que *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson, *Donde viven los monstruos*, de Maurice Sendak, o *Pippi Calzaslargas*, de Astrid Lindgren, son libros clásicos (clásicos de la LIJ, sin duda, pero no creemos exagerado afirmar que también lo son de la literatura universal).

Con todo, restringirnos a esa acepción convencional de lo clásico resultaría muy empobrecedor. El escritor italiano Italo Calvino es autor de un ensayo famoso del que tomamos el título de esta lección: *Por qué leer los clásicos*. En él ofrece hasta catorce definiciones de lo clásico que animamos a conocer. Una de ellas, la sexta, dice así: «Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir».<sup>1</sup> Resulta oportuno recordarlo, siquiera para tener claro que no es lo mismo lo clásico que lo canónico. Un canon es un catálogo. Y un catálogo, a su vez, puede organizarse por criterios de lo más diverso. En la enseñanza de la literatura, lo más habitual es que se organice conforme a una perspectiva historiográfica, de manera que el canon literario acabe siendo el listado de obra literarias producidas dentro un marco nacional concreto. Sin embargo, que una obra figure en ese catálogo no significa que automáticamente deba ser considerada un clásico, pues en todo caso estaríamos hablando de una obra canónica. Cuestión distinta sería que una obra dentro de dicho catálogo nos siguiese interpelando, esto es, nos siguiese emocionando y nos siguiese importando, dejando la posibilidad abierta a renovada interpretaciones cada vez que las distintas generaciones la lean. En ese

---

<sup>1</sup> Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*, Madrid, Siruela, 2009, p. 15.

caso, hablaríamos de libros que, como establece Italo Calvino, no terminan nunca de decir lo que tienen que decir. En ese caso, hablaríamos de clásicos. Y no hay un método para hacerlos más o menos divertidos a nuestros alumnos o para enseñarlos metódicamente en el aula, porque el amor por la literatura no se enseña, sino que se contagia. O, dicho de otra manera: si nosotros mismos no somos lectores, no esperemos que lo sean nuestros alumnos; si no amamos los libros, no esperemos contagiarles el amor por ellos que nosotros mismos no sentimos. No hay método para inculcar el hábito lector, porque lo que cuenta en este caso, quizá más que ningún otro, es que seamos capaces de predicar con el ejemplo.

En una obra muy recomendable, Teresa Colomer, Mireia Manresa, Lucas Ramada Prieto y Lara Reyes López sostienen esta oportuna observación:

Existe un cierto consenso en decir que lo que define a una obra clásica es su capacidad de ser antigua y moderna a la vez. Los clásicos literarios se refieren a aspectos de la experiencia humana y permiten interpretaciones distintas, pero siempre interesantes para cada nueva generación que se incorpora a su lectura. Si no es así, tendemos a denominarlas *obras históricas*, aclamadas o famosas en su momento, pero que ahora se hallan básicamente en manos de los especialistas. Así, pues, a su calidad *persistente*, los clásicos añaden el rasgo de ser *compartidos*. Cualquier sociedad mantiene unos referentes literarios y visuales en su memoria colectiva a través del tiempo. Es así que las obras literarias han sido siempre un material de primer orden en

la construcción del imaginario social que permite tener conciencia de una cultura común.<sup>2</sup>

Ese mismo grupo de investigadoras propone tres poderosas razones para prestar atención a los clásicos: en primer lugar, porque son *un enlace entre lectores*, toda vez que los clásicos nos introducen en el uso de ese imaginario compartido que vincula entre sí a los miembros de una sociedad determinada; en segundo lugar, porque los clásicos son *un instrumento* para hacer más comprensible la realidad que nos rodea y para enfrentarnos a ella con una actitud más consciente; y, en tercer lugar, porque los clásicos son *un mapa* que nos sirve para ir trazando itinerarios de lectura, de modo que podamos ayudar a nuestros alumnos a crecer a medida que se van enfrentando a libros a un tiempo respetuosos con sus ritmos de aprendizaje y lo suficientemente retadores como para permitirles seguir ampliando su mundo de referencias.

---

<sup>2</sup> Teresa Colomer, Mireia Manresa, Lucas Ramada Prieto & Lara Reyes López, *Narrativas literarias en educación infantil y primaria*, Madrid, Síntesis, 2018, p. 138.

12b.  
*Las constelaciones  
literarias*

A partir de un momento dado, sobre todo en las etapas de secundaria y bachillerato, todo acercamiento a la literatura en las aulas dentro del sistema educativo se acaba reduciendo a la enseñanza de la historia de la literatura. De este modo, acabamos por naturalizar la idea de que estudiar literatura consiste básicamente en memorizar el catálogo de obras canónicas al que nos referíamos en el punto anterior. Pero si lo que perseguimos, no obstante, es la formación de lectores, hay otras formas de proceder más allá de la historia de la literatura. Y una de las que nos parecen más interesantes es la de las «constelaciones literarias», propuesta que debemos a la profesora Guadalupe Jover.<sup>1</sup> Ella misma nos indica los principios sobre los cuales construir constelaciones literarias, esto es, itine-

---

<sup>1</sup> Véase Guadalupe Jover, *Un mundo por leer. Educación, adolescentes y literatura*, Barcelona, Octaedro & Rosa Sensat, 2007, pp. 120-144.

rarios de lectura que vayan más allá del listado canónico organizado y parcelado en tradiciones nacionales:

- a. *Que partan de los niños-adolescentes.* Esto quiere decir que los libros que escojamos deben partir, no de lo que la mirada que los profesores pueden alcanzar, sino de lo que puede alcanzar la de los niños y los adolescentes. Porque no se trata de que estos reproduzcan el criterio de los docentes, sino de que desarrollen el propio.
- b. *Que se establezcan sobre un cielo no acotado, no parcelado en «jurisdicciones nacionales».* ¿Por qué limitarse al catálogo de las literaturas nacionales cuando tenemos a nuestro alcance otros modos de organización?
- c. *Que sean abiertas y flexibles: una misma obra puede pertenecer a varias constelaciones.* Por ejemplo, si utilizamos *Cuentos para jugar*, de Gianni Rodari, podríamos integrar la obra dentro de una constelación sustentada sobre el cuento, dentro de otra organizada en torno al tema de la fantasía, de otra articulada como modo de trabajar la cultura italiana, etc.
- d. *Que vayan acompañadas de la formulación explícita de los criterios que guían el trazado de las imaginarias líneas que conforman.* Dicho de otra manera, podríamos organizar una constelación literaria en torno a un tema (el amor, la naturaleza, la ciudad, las migraciones, etc.), en torno a un género (el cuento, la narrativa, la poesía, el teatro,

etc.), en torno a un personaje (la niña rebelde, el detective, el buscador de aventuras, etc.), en torno a un autor (Gianni Rodari, Astrid Lindgren, Maurice Sendak, Laura Gallego, etc.), en torno a una época (la Edad Media, el Renacimiento, el Romanticismo, la Ilustración, etc.), en torno a una obra (*El Quijote*, *La isla del tesoro*, *Pippi Calzaslargas*, etc.) o incluso en torno a un espacio geográfico (España y sus regiones, los países nórdicos, Inglaterra, América, etc.).

- e. *Que permitan la lectura «en contrapunto» de los textos literarios con otros tipos de discursos.* Esto quiere decir que podemos complementar nuestras lecturas con otros tipos de discursos dirigidos a la infancia, como puedan serlo el cine, los videojuegos, la música, etc.
- f. *Que tengan como finalidad contribuir a la urdimbre interior –cognitiva, estética, moral y afectiva– de quienes las contemplan.* Porque quizá la cosa menos interesante que podamos hacer en un aula con la literatura sea reducirla a un listado de obras, autores y características a memorizar. Buscamos, sobre todo, que nuestros alumnos lean, pero además que lean aquello que puede ayudarles a desarrollar sus capacidades, entre las cuales ocupa un lugar destacado la imaginación.

